

PACIFICO

MAGAZINE

Abril
1916

Precio:
UN PESO



LA HOSPITALIDAD en Chile con los viajeros distinguidos

Artículo de M. John
W. Restless.

Traducido para
"Pacífico Magazine"
por Angel Pino.

Dibujos de Delano



Todos mis lectores recuerdan el ilustre político, profesor de álgebra, Ministro de Estado y fabricante de jarabes medicinales, que nos visitó el año pasado en el mes de noviembre para estrechar la unión de Chile con los Estados Unidos y substituir, de paso, las drogas alemanas por la de su fabricación y que echó al mismo tiempo las bases de un intercambio de señoritas de Santiago con San Francisco y prometió enviar a la Quinta Normal dos ejemplares del árbol del sandwich que tiene la particularidad de dar como fruto torrejitas de jamón, de queso y hasta salmón ahumado entre rebanadas de pan.

Sí; todos tienen presente el anuncio de su visita hecho como tres meses de anticipación, la sorpresa manifestada no obstante por el Gobierno al saber que iba a llegar Mr. Restless, a los Andes, la falta de un cuarto limpio de hotel para albergarlo, las comisiones nombradas para requisicionar una casa amoblada, el banquete consabido en la Escuela Militar con aperitivo de marcha de endites, el inevitable banquete en el Club de la Unión y la comida en la Moneda. El ilustre sobreviviente de esta hospitalidad pintoresca y siempre igual, ha escrito en "The Blanderbus Journal" de Filadelfia una relación de su viaje, de la cual escogemos para

nuestros lectores algunos párrafos literalmente traducidos.

"Mi gobierno había dado aviso de mi llegada a Chile por la vía cordillera. El Ministro Figueroa me advirtió en Buenos Aires que encontraría en los Andes (al pie de la cordillera), un tren especial con un vagón de lujo y otro para la comitiva designada para atenderme, por ese hospitalario gobierno. Llegamos en el ferrocarril transandino, que no es absolutamente cómodo, muy impacientes por ocupar asiento en un coche más confortable. Pero la soledad absoluta de la estación de la pequeña aldea de Andes nos reveló que las promesas del señor Figueroa habían quedado sin cumplimiento. Partía hacia Santiago un tren de carga y el conductor tuvo la amabilidad de ceder a la petición de mi intérprete que pronunció pocas palabras y movilizó otras tantas libras, y nos permitió entrar al vagón de equipajes en que iban nuestras propias maletas. Nos colocamos sentados sobre dos barriles y fuimos descubriendo poco a poco la variedad infinita de animales y de mercaderías que iban corriendo nuestra misma suerte. En un gran cesto de mimbres se agitaban violentamente por respirar doce gallinas y un gallo. Mi secretario abrió la cubierta para que cada prisionero sacara la cabeza a la luz. Nos hicimos la ilu-

sión de que esas aves agradecidas, que nos hacían venias y se picoteaban unas a otras, formaban la comisión chilena que nos recibía. Después de haber marchado un buen trecho de camino, sentí cierta humedad en el sitio en que venía sentado. Seguro de mí mismo, atribuí esta liquidación o vertiente, al mismo barril. En efecto, había ido brotando a la superficie un calco espumante y de olor acre. Se me dijo que era la famosa chicha del país; debo, pues, reconocer que tomé contacto con ella por un punto muy apartado del verdadero conducto para gustarla. Pero, a pesar de las novedades que a cada momento nos revelaba el derrumbe de los bultos dentro del vagón, y de las bellezas del paisaje que habríamos admirado más entusiastamente desde un buen asiento de resortes, el hambre nos apretaba hasta llegar a estrangularnos. Llegamos a cierta estación del camino, cuyo nombre no tengo interés de salvar del olvido, mi secretario descubrió unos panes gordos con el borde encarrujado que parecían muy calientes y estaban abrigados como en un lecho dentro del canasto de la vendedora y de una servilleta medianamente sucia. Mi secretario sabía algunos nombres del país y me dijo alargándome uno de estos panes: *tortilla*. Yo di un mordisco ávido a la mitad del pan y lancé un grito. Fuego y lava derretida había en el interior de la traidora tortilla, o mejor dicho, sebo fundido a una alta temperatura, porque mi pobre traje de turismo ha quedado hasta ahora luciendo el chorro que lo bañó desde el primer botón del cuello hasta el borde inferior de los pantalones. Mi secretario gritaba más que yo diciendo: "¡cazuela, cazuela!" y reclamaba a la vendedora en tono amenazante. El conductor nos dijo que era un guiso del país que se llama empanada y que realmente consiste en poner un plato de cazuela muy caliente dentro de una marraqueta, originalidad que no es imitada desde lejos en ninguna parte del mundo. Ahora, mientras escribo estas líneas, un año después de mi regreso de ese país, cuando me pongo este traje, todos los perros del vecindario acuden a lamerme. Entonces me doy vueltas por la parte que estuvo en contacto con el barril de chicha y todos huyen. Son dos olores que se rechazan y realmente los chilenos beben chicha para aplacar la explosiva empanada. Sus manchas son refractarias a la soda cáus-

tica y a la trementina. En el país se conoce un poderoso ingrediente indígena que se obtiene de la corteza de un árbol y se llama "charquicán", (1) ataca estas manchas.

En la estación de Santiago, cuando ya no los necesitábamos, encontramos a tres miembros de la comisión cubiertos con sombreros de copa y a un oficial de aspecto alemán que



parecía un muñeco de Guignol por lo tieso e inflexible en sus movimientos. Dió muchos tacazos contra el pavimento; pero supo decir muy pocas palabras apropiadas en inglés, suplía la deficiencia del idioma con accesos de tos. Era ayuda de campo del Presidente

(1) Es un error de la memoria; debe ser "quillay".

de la República y nos acompañó al alojamiento en un carruaje de resortes muy suaves. En el camino comprendí que estos resortes son hechos para evitar al extranjero que llega, la sorpresa de ciertos pavimentos detestables.

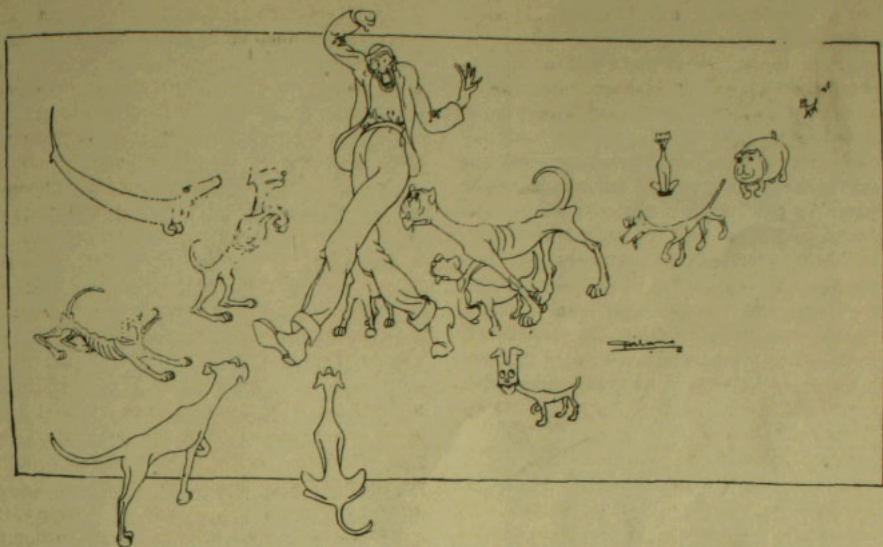
El alojamiento era simpático, un hotel alquilado entero por el Gobierno, según me pareció; porque no había más alojados en la casa. Estaba amoblado con cierto gusto, en algunos cuartos con elegancia; en todas partes, más como mansión privada que como verdadero hotel. El baño estaba bastante separado del dormitorio. Los chilenos llaman su baño *semastral de aseo*, en contraposición al nuestro, diario, que estiman de placer, de costumbre y quien sabe si de enfermedad.

Deseábamos dormir temprano; pero tuvimos que recibir una serie de visitas de personas que venían a darnos explicaciones por las deficiencias de la recepción. Es la costumbre. Llegó primero un funcionario del Ministerio de ferrocarriles a decirnos que el tren especial había sido enviado efectivamente a los Andes; pero con mucho atraso. Se estaba investigando quién era el culpable para castigarlo. Es también la costumbre de decir todo esto; pero no se hace nada, ni se investiga ni se castiga. Este es un clima templado, un país benigno y una organización de compadres, primos hermanos y cuñados: lo único efervescente es la cazuela encerrada en tortilla y la chicha en barriles. También entró al salón un jovenecillo, el introductor del Ministerio, a decirnos que no había alcanzado a lle-

gar a la estación, porque tenía una tía moribunda. También es la costumbre; este funcionario *no llega* y siempre tiene una tía enferma. También llegó un joven periodista a preguntarme qué me había parecido el trayecto y si había tenido tiempo de ver ya soldados y mujeres chilenos. También es la costumbre. Contesté que el país me parecía llamado a un gran porvenir: que había notado mucho unidad de raza. Me preguntó si había podido ver la agricultura en Pirque, le expresé que acababa de llegar al país en ese mismo instante. A pesar de la respuesta se extrañó de mi lentitud. En ese momento el mayordomo puesto a mi servicio me dijo en secreto que me llamaban por teléfono con urgencia. Un individuo pronunciaba palabras desconocidas para mí, algo de Bolsa y de comprar y vender. Debía ser una equivocación. Cuando todos los miembros de la comisión y las personas que se habían ido a excusar de algo, salieron, el mayordomo me presentó un papel. Era una cuenta por alumbrado eléctrico. Me pareció excesiva prisa en cobrar la media hora de consumo que llevaba y pedí que me juntaran a lo menos el gasto de cada día; pero descubrí que la cuenta estaba a nombre de un don Pedro Unzurrunzaga y respondí que se trataba de una equivocación.

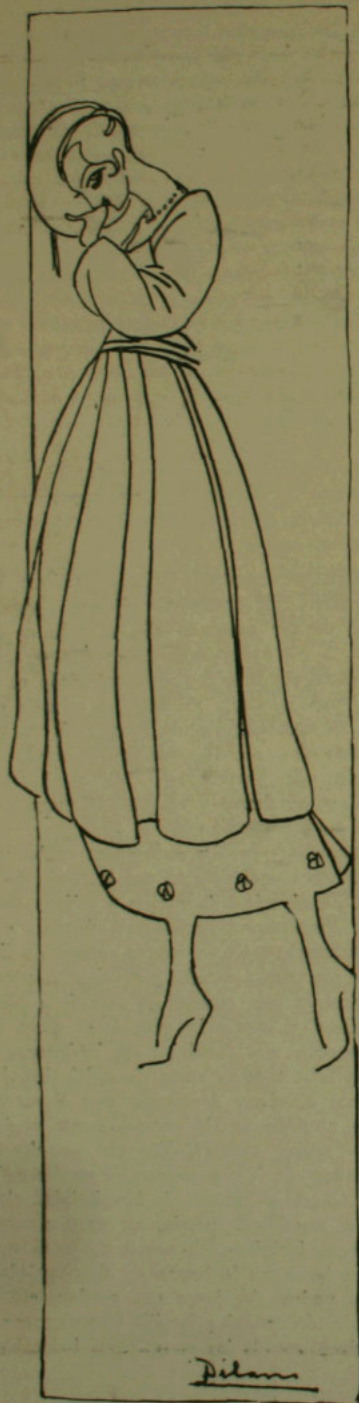
En fin, avanzada ya la noche, pude colocarme en una ancha cama matrimonial y dormir. Soñaba con la desierta cordillera nevada, con el transandino que pujaba por treparla, con el vagón de equipajes y gallinas, con mil pequeñas incidencias del viaje. Soñaba aún con ladrones. Me





parecía que alguien abría a esa hora de la noche la puerta de mi dormitorio y que penetraba en puntillas sobre la alfombra. Una voz muy queda decía: “¡Mamá!” Reoordé mi infancia con la rápida traducción de esta suave palabra familiar que designa a la madre y me lanzaba de nuevo a otras fantasías cuando real y positivamente una mano se posó sobre mi cama. Salté, di vueltas el conmutador y vi delante de mí, con ojos de espanto, a un joven que venía del campo al parecer y traía una pequeña maleta en una mano: Ambos nos interpelamos, él en su idioma y yo en el mío; pero estoy seguro que nos preguntábamos la misma cosa: “¿Qué hace Ud. aquí?” Sin embargo, la pregunta de mi extraño visitante era más larga y mi escaso español me permitía percibir varias otras: “¿Cómo está usted ocupando la cama de mi madre? ¿Dónde está mi madre? ¿Quién es usted? ¿Cómo se llama usted? ¿Dónde está usted? ¿De dónde viene Ud.?” Todas estas últimas preguntas las había leído en un libro llamado “Frases usuales en castellano”. Pero no recordaba haber visto la respuesta y aún conociendo la respuesta no habría sabido cómo responder, ni si debía siquiera responder a todo eso que parecía ofensivo para mí y para la señora a quien se le daba el respetable ca-

lificativo de “madre”. Grité a William, mi intérprete, que acudió en *pijamas* y es extraño de ver plantado allí, al lado de mi cama, a ese señor maleta en mano y con sus paraguas bastón y chal enrollado en la otra, como si fuera mi catre la sala de espera de una estación de ferrocarril. El intérprete fué recibido con otra mirada de asombro del joven. Dejó caer sus bultos, retiró su sombrero y se pasó la mano por el pelo como para recobrar el equilibrio. “Está borracho”—le dije a William—y ha penetrado por equivocación por el fondo de la casa. Entréguele a la policía y déjeme dormir”. Pero al comprender el visitante que mi secretario sabía su lengua comenzó a hablarle con mucha rapidez y William de pronto lanzó la más estrepitosa carcajada, después se dejó caer a los pies de mi cama, lo que excedía sus funciones de intérprete, y allí saltaba todavía como un epiléptico. Yo comencé a reirme arrastrado por el contagio y también se rió nerviosamente el joven.—“¡Pero, vamos!—dije en voz alta.—¿Qué ocurre? Ya es tiempo de explicarse”. ¡Oh! Queridos lectores, la hospitalidad chilena es sencilla y patriarcal; pero reserva sorpresas infinitas. Escuchad. La casa que yo creí hotel era la habitación de propiedad de los padres del joven que estaban allí a mi lado, de una rica familia Unzurrunzaga, que tiene una de las pocas casas habitables



de la ciudad y debe prestarla al Gobierno cada vez que llega un huésped oficial. El joven no sabía una palabra de mi llegada ni de la entrega de su casa al Gobierno. Venía del campo donde había estado una semana y había abierto como de costumbre la reja de la calle y la puerta del vestíbulo con las llaves que llevaba siempre en la cadena de su reloj. Habitado desde la infancia a saludar a su madre aunque durmiera, entró al dormitorio y casi sufrió un síncope al ver en el gran catre Luis XV a un norteamericano. El caballero estaba rojo de vergüenza y quería partir rogándonos guardar el más absoluto secreto. Pero yo exigí en cambio que se quedara esa noche en la casa y ocupara su mismo dormitorio. Era huésped del Gobierno de Chile y él sería huésped.

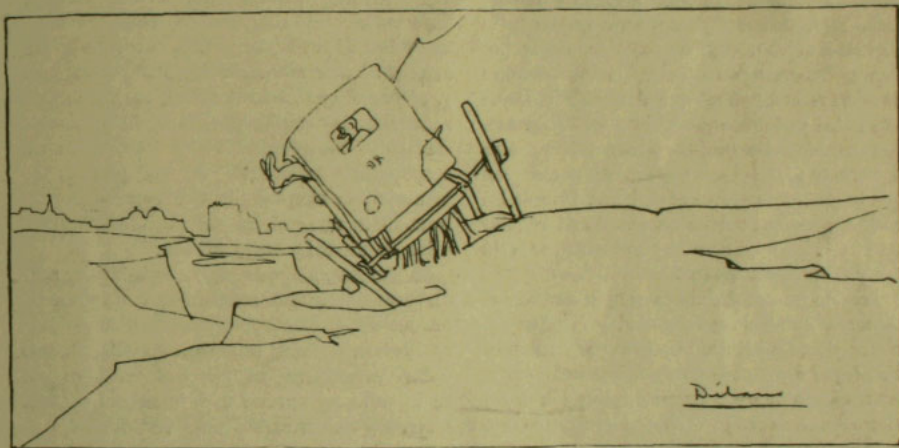
La cuenta de la electricidad, los llamados telefónicos, todo eso me revelaba la incomodidad que debía sufrir el caballero desalojado de su casa y obligado a ocupar otra. Se me ha dicho que en el Centenario media ciudad se fué a vivir en las casas de la otra mitad para dejar locales desocupados a los visitantes extranjeros. Se agrega que los hoteles son sucios por regla general y que eminentes naturalistas han aislado numerosos microbios en Europa, desconocidos, en las ropas de sus camas.

Atravesando densas nubes de moscas y de polvo, nos presentamos a la mañana siguiente a visitar al Presidente. Noté que la municipalidad no retiraba sino la mitad de las basuras de las calles. La otra mitad, se la traga el vecindario al respirar. Una parte sirve, sin embargo, para hacer vivir a los perros libres, a la gran cantidad de perros *res mullins* que muerden al primer transeunte, en vez de ceder al primer ocupante, como dice el código, de lo que no pertenece a nadie. Es digno de notarse que, a pesar de la poca agitación del público que circula en las veredas, los transeuntes se dan encuentros, se pisan los pies, se hieren el rostro con los paraguas y jamás pronuncian una palabra cortés de excusa o de perdón.

Pero la gran sorpresa que revela esta pintoresca ciudad es su pavimento. Hay tres clases de pavimentos: el sistema antiguo, carencia de pavimento; el sistema intermedio, puntas hacia arriba, que fué seguramente el pavimento de los indios; y el moderno, de

la imitación papagayesca, el asfalto Trinidad con falsos profundos a distancias irregulares. Los santiaguinos no tienen necesidad de esas grandes salas de aparatos de masaje donde hay máquinas para dar golpes en los riñones, en el abdomen, pasar ruedecitas por la espina dorsal, frotarse con un engranaje los pies o martillarse con mazos de madera las nalgas voluminosas. Basta correr dentro de un coche por estas diversas clases de pavimentos teniendo cuidado de no poner la lengua entre los dientes. La sensación es variada y completa; sacude el cuerpo, lo bate, lo mueve horizontalmente, verticalmente, le da contra el techo, contra

disponen: los ojos. Divisó una señorita que aparentaba tener edad, que parecía disfrazar sus años con un traje infantil, contener las expansiones del cuerpo con una coraza de barbas de ballena y llevaba las puntas de sus pestañas destilando pintura negra y los labios duplicados por una raya de Ripolín rojo colocada fuera de foco. Esta criatura miraba con todos sus ojos, y de tal manera, que creyendo mi secretario que deseaba vehementemente hablarle, se le acercó para invitarla a almorzar para el día siguiente. Se produjo un pequeño escándalo; la señorita era hija de un senador, hermana de un diputado, prima de un canónigo, sobrina de



el piso, contra el frente, contra el respaldo, lo deja en el aire, lo precipita, lo lanza, lo detiene. ¡Que no se cambien jamás esos sistemas de pavimentos! Los santiaguinos deben su malhumor, es verdad, a estos golpes; ¡pero qué vigor espontáneo presta a un vago aficionado a la vida sedentaria y qué práctica esa cazuela de sebo fundido, dentro de la caparazón de tortilla endurecida en las bases!

A mi secretario le ocurrió un percance al día siguiente de nuestra llegada a la capital de la República. Fué conducido a un paseo público y social que consiste en darse vueltas alrededor de una estrecha plaza, llamada *de armas*, seguramente porque allí esgrimen las mujeres la más poderosa de que

un general y novia de un Ministro, es decir, lo más distinguido, aristocrático y severo del país. ¿Por qué se pintaba? ¿Por qué miraba así a un extranjero? Es la costumbre; hay que estar prevenido para no sufrir decepciones o bastonazos. El paseo es pintoresco: las señoritas giran en un sentido, los jóvenes en el opuesto y las madres se ocultan en el jardín a hablar de remedios. La droga es una necesidad para todo chileno. No hay caballero que no esté tomando unas píldoras de moda ni señorita que no se esté poniendo inyecciones de medicinas terminadas en *ato* como cacodilato, metarsinato, bicarbonato y capagato, ni señora que no se está aplicando un régimen acabado de llegar por el último correo. Yo aconsejo a los jó-

venes farmacéuticos de los Estados Unidos establecerse en Santiago de Chile. Un tónico inofensivo, bien administrado y caro de precio puede hacer una fortuna. La clientela es dócil y hay que redactar los avisos en tono vigorosamente imperativo. Unos fabricantes franceses ordenaban por esa fecha: "Jubolizad vuestros intestinos" y la sociedad entera no hacía otra cosa que jubolizarse a todo escape.

Es también digno de observación el abuso del aperitivo en los bares y centros sociales de esta ciudad tan peculiar. Para conocer a ciertas personas hay que inyectarse un litro de diversos alcoholes mezclados con azúcar, clara de huevo, ácido de limón, canela y raspadura de naranja, divididos en pequeños vasos de valor de un peso moneda corriente cada uno. Cuando ya se está vecino a la ebriedad se sabe más del cambio, de la política y del verdadero valor de las acciones de ciertas compañías que después de leerse todos los infolios que regala el Gobierno. Algunas de estas bebidas tienen sabor y olor a farmacia y así se explica el placer con que lo gustan los jóvenes chilenos. Uno de los coctails en boga debe contener una regular dosis de ietiol y otro seguramente no está exento de ipecacuana.

Cuando ya comenzaba a simpatizar con el excelente clima de esta ciudad y el buen carácter de sus habitantes, tuve una incomodidad que duró poco tiempo. Veníamos en la mañana, de regreso de una excursión a los alrededores, cuando divisé un enorme carruaje fúnebre, imperial, con suntuosos penachos que se mecían al viento, seguido por muchos kilómetros de carruajes de lujo, entre los cuales podía contarse una docena de automóviles. Era seguramente el cortejo fúnebre del Presidente de la República o del más grande hombre que lo siguiera en dignidad y méritos. Resolvimos correr al hotel y vestírnos de negro como si fuéramos deudos del difunto. Era indudable que siendo sido presentados a los hombres más conspicuos, y atendidos por casi todos ellos, debíamos conocer al muerto. Seguimos, pues, con rapidez al Cementerio donde con la cabeza descubierta escoltamos al ataúd hasta el fondo del recinto. Pudimos admirar la simplicidad de ese grande hombre que mereciendo una carroza que no tienen los más grandes reyes de la tierra, no era dueño de

un pedazo de suelo siquiera y caía en la fosa común envuelto con los humildes.

(Según se nos explicó después, ese carro es usado por todo el mundo y el muerto era un excelente cortador de sastre, vecino a nuestro hotel. El chileno se consuela de vivir pobre y de rodar en malos vehículos, muriendo con ostentación y usando ruedas con llantas de goma para ir hasta la última morada).

La santiaguina es esclava de la moda. Aunque sus vestidos sean útiles los cambia según las revistas extranjeras; aunque el nuevo modelo destruya su belleza se sujeta bárbaramente a él. Así, por ejemplo, si se usan sombreros muy metidos en la cabeza, las mujeres gordas que carecen de cuello van con los hombros literalmente metidos bajo las alas del sombrero. Si están en boga las telas a rayas verticales, las flacas las usan sin temer alargarse hasta la caricatura; y, si por el contrario dominan las líneas horizontales, las chatas se ensanchan en forma realmente pintoresca. Ahora que se divisa una parte considerable de las piernas de la mujer, la santiaguina que carezca de extremidades finas lucirá sostenes comparables a los de un sofá estilo Misión.

Se me explica que es indispensable rendir este extremo acatamiento a la moda, porque no es bien considerada quien no sale flamante en cada estación. Además, como todas las mujeres se ven dos veces al día en la calle, se aprenden de memoria en una semana y deben cambiar de vestido con frecuencia vertiginosa. Esto es tan exacto que hay personas que salen al extranjero nada más que para retirar su cara de la circulación.

El extranjero que quiere ser bien mirado debe pronunciar ciertos juicios categóricos, aunque sean contra su voluntad. Quiero servir de guía a los jóvenes americanos que deseen caer en gracia en Chile.

Desde luego hay una tela negra con que las mujeres de las diversas clases sociales se cubren la cabeza y el cuerpo hasta las rodillas para ir a misa y en general, para salir por las mañanas. Hay que decir que esta tela llamada *Manto* es bella y poética, (no olvidar esta última palabra); que realza la belleza de la mujer chilena y que los demás países envidian la costumbre, (no olvidar esta última frase). Si no sabe hacer versos.

hará una estrofa al manto. Hay una fruta natural de crema del Hamen con agua de colonia barata y esencia de clavos de olor que se llama chirimoya y parece cosa de lavatorio. Cuando se acepta una chirimoya, lo que debe ocurrir siempre que se la ofrezcan a uno, se debe lanzar una exclamación que es esperada por todos, un verdadero relincho de placer, sacando la lengua, dilatando las ventanillas de las narices y levantando los ojos hacia el *plafond*. El chileno es exclusivista en las materias culinarias que le gustan y exige que sean gustadas en la misma forma aún por aquellos que no están habituados a ellas. Así hay un artículo de pastelería que se llama "alfajor" que es una especie de bombón grande. En calidad de pastel estaría buenaz la dimensión; pero como es muy azucarado bastaría con la tercera parte del tamaño. Hay que comerse media docena sin hacer el menor gesto y pedir algunas más para el hotel. Le mandarán a usted una gran bandeja que colocará sistemáticamente sobre la mesa de su cuarto, hasta que el mozo y los vecinos se los hayan comido todos, distrayéndose de robarle los cigarrillos. Cuidese usted de un marisco con sabor a almizcle del cual se hace una sopa y que se puede comer en toda una vida larga una sola vez; está encerrado en casitas de piedra de mucho mejor construcción que las de Santiago que eran de barro y ahora comienzan a ser de cemento.

En cambio, no encuentre malas icertas cosas que muchos chilenos creen malas y son buenas. Hay una yerba marina que tiene la apariencia de una correa par transmisiones y se llama *cochayuyo*. Hay que saberlo guisar. También hay cierta harina de maíz tos-

tado que se llama *chuchoca*. Ríase usted de los que la encuentren ordinaria e importan en su lugar harina de avena.

Le llamará a usted mucho la atención que al caballo de los coches de servicio público, como el caballo de coche de lujo, le den latigazos en lugar de darle cebada. Hay una Sociedad Protectora de Animales que se ocupa de esta distracción de los propietarios. Ahora la cebada ha bajado en Chile.

El clima es delicioso; pero no lo crea usted tan templado como le cuentan. Los novelistas que ponen sus personajes en sudamérica creen que en Chile puede pasar una señorita toda la noche durmiendo en camisa de batista fina con encajes tendida en una humaca en medio de un parque, en el rigor del verano. Es verdad que puede tenderse y hasta es posible que duerma; pero será para siempre. La pulmonía es segura.

Una cosa tiene Chile de extraordinario: sus soldados. Su gran acierto ha sido el ejército. Debería militarizarse todo y, por el contrario, se abandona el cumplimiento de la conscripción obligatoria. También hay otra cosa extraordinaria; la honestidad de la gente y lo poco que ella misma cree en su virtud fundamental.

Santiago con la mitad de las moscas que tiene sería una ciudad habitable. Chile con la mitad de los políticos, un país de gran riqueza. Hay mil moscas por habitante y un hombre que se cree capaz de ser Ministro del Interior por cada grupo de cien habitantes.

